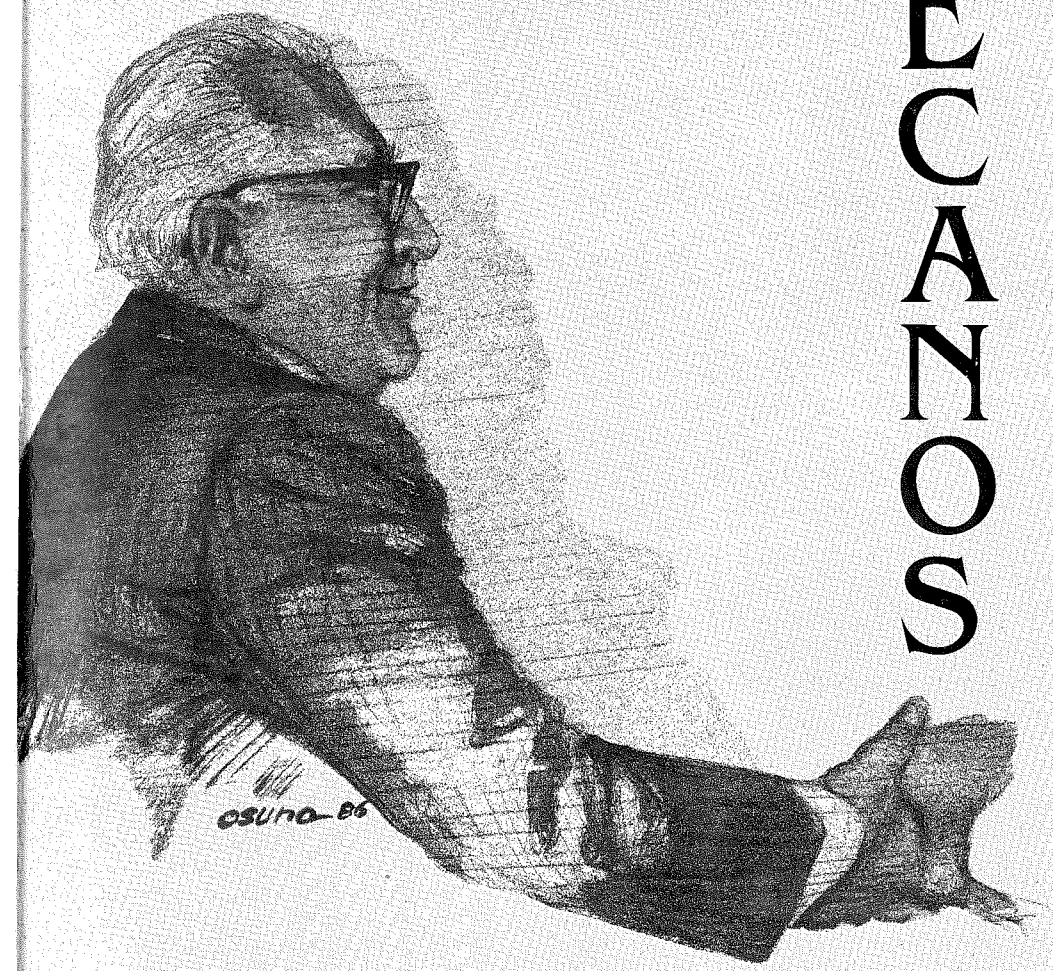


LOS DECANOS



SARA MARCELA BOZZI

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
BIBLIOTECA PUBLICA PILOTO DE MEDELLIN

1987

070.4
B657

Sara Marcela Bozzi

Los Decanos

emb/713

Junio 04/98

2a copia

443257

UNIVERSIDAD DE CARTAGENA
BIBLIOTECA PUBLICA PILOTO DE MEDELLIN
1987

070.4
B793

Bozzi, Sara Marcela
Los decanos. Medellín, Biblioteca Pública Piloto - Universidad de Cartagena, 1987.
págs. 246. (Ediciones Especiales de la Biblioteca Pública Piloto).

1. Periodismo - Colombia. 2. Reportajes. 3. Crónica periodística. I. Título.

ISBN 958-9075-07-X

1a. Edición: Marzo 1987

© Sara Marcela Bozzi

Dirección editorial: Biblioteca Pública Piloto de Medellín

Edición a cargo de: Jairo Osorio - Miguel Escobar

Cubierta: Dibujo de don Guillermo Cano, elaborado por Osuna para esta edición.

Fotografías: Archivo **El Espectador**. Caricaturas de Rendón y Longas, archivo Sala Antioquia, B. P. P. Osuna, archivo de **El Espectador**.

Impreso y hecho en Ediciones Gráficas Ltda.
Medellín - Colombia 1987

**Para todos los que desayunan con pan,
café con leche..., y noticias.**



Un periódico es el cruzacaminos de muchas carrileras: la historia, la literatura y las artes, la política, la economía y el deporte, la ciencia, la técnica y la administración. Para echar a andar el tren sin detenerse hay que manejar muchas variables a la vez. Y, sobre todo, hay que tener muy claro el rumbo, hay que estar muy seguro de sí. Conducir un periódico es saber decir y saber callar... Y es, ante todo, no transigir en los principios, en aquello que es esencial.

Colombia, nuestro país, ha sido moldeado en gran parte por las palabras, abiertas o clandestinas, presentes a la hora de tomar una decisión, hacer una propuesta, echar a andar iniciativas... La palabra permanece, se interioriza, se devuelve. A veces, es sólo un secreto; a veces, un grito. Se pondera y dignifica, pero también se trafica, se prostituye..., se compra y se vende, se recorta y se guarda, se saca a la luz cuando conviene, se sacrifica en aras de un ideal o simplemente, en espera de otra oportunidad..., pero siempre ha estado allí, acompañando a los hombres, moldeando su carácter.

Carta sentimental o diario mío, periódico grande y de colores o periodiquito blanco y negro difícil, volante callejero o cancionero, letra de cambio o certificado judicial, son todas palabras, palabras-síntesis de un momento de nuestras vidas en el que, también, se han cruzado muchas carrileras.

El futuro de las palabras, sin embargo, es siempre incierto. Algunas de ellas, han ido a parar a las canecas de basura, otras, han limpiado vidrios, pisos y paredes, han madurado aguacates, han envuelto la carne o servido de patrón a la costurera... Otras más, han tenido mejor suerte: cuando nos conquista la recortamos, la enviamos a algún amigo especial, o la llevamos con nosotros a todas partes, bien guardadita, en ese rincón de la billetera al que no tiene acceso nadie nunca. La palabra en todos los casos, es un producto que se desprende fácilmente de la voluntad de su creador, distribuidor, o su dueño, porque ella PERMANECE. Nosotros en cambio, damos muchas vueltas, nos desplazamos, permitiendo con ello el milagro de leer esas mismas letras de ayer en una forma cada vez distinta.

Colombia es un país de palabras, palabritas, periódicos y revistas. Es, en cierta manera, un patrimonio del subdesarrollo, pues no se necesita una gran infraestructura para poder decir. Lo único indispensable es una persona, un lápiz y una hoja de papel. Ello explica, en parte, por qué todos los días nacen y mueren publicaciones en Colombia. Nacen con entusiasmo inusitado y mueren casi siempre estranguladas por pobreza económica o mental... El pozo de la inspiración se seca, y entonces decidimos guardar las palabras en el cajón hasta nueva orden.

Distinto es, en cambio, el diario trajinar con las palabras de un periódico que acompaña su desayuno, su viaje en la buseta, o los minutos previos a la iniciación de labores en su oficina... Entonces hay que saber tener paciencia para poder contarle a la gente que, otra vez, "ayer viajó el presidente a algún punto del planeta", que "el comandante del ejército volvió a anunciar mano dura para la subversión", que "a la reina de la panela la coronaron el sábado ante el delirio de sus súbditos" y que "Lucho volvió a ganar otra vez la doble a Paipa y Girardot". Se necesita mucho equilibrio para acostarse tranquilo sabiendo que los narcotraficantes "coronaron" de nuevo y que un "paro cívico estalló en Tolemaida" mientras los guerrilleros volvían a "tomarse un pueblo perdido del Cauca". Estamos hablando, nada menos, del concepto de ACTUALIDAD, esa palabra gaseosa que alimenta los periódicos, los desayunos, su viaje en las busetas, o los minutos previos a su trabajo en la oficina.

En los Cien Años de El Espectador

La Universidad de Cartagena, institución de reconocido liderazgo educativo regional en la Costa Atlántica, cumpliendo con una de sus importantes funciones de divulgación cultural ha tenido a bien vincularse a una fecha de tanta trascendencia para la vida nacional como lo es la conmemoración de los Cien Años de "El Espectador", por su significancia en la vida política, social y cultural colombiana.

Mantener vivo un órgano periodístico como lo es "El Espectador", nacido en una época de tantas dificultades para la libertad de expresión, es el resultado del esfuerzo de su fundador Don Fidel Cano quien sentó el patriótico principio de que "trabajaré en bien de la Patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico", el cual ha tenido una permanente reafirmación en el transcurrir de estos cien años, gracias a la labor cotidiana, intensa, continuada y eficiente de sus herederos y a la calidad de sus colaboradores.

Con esta publicación desde la ciudad Heroica, hoy Patrimonio Cultural de la Humanidad donde se han rubricado los más sobresalientes episodios por la lucha de la independencia colombiana y se pronunciaron los más valientes gestos de libertad y democracia han querido las Directivas de la sesquicentaria Universidad de Cartagena, unirse a la celebración de este Centenario a través del cual la Costa Norte colombiana hace un grato reconocimiento a un periódico y a una familia que dignifica y engrandece la democracia a través de la palabra escrita.

LUIS H. ARRAUT ESQUIVEL
Rector

Cartagena, diciembre de 1986

Colombia, podría decirse, registra un caso único y especial de dignidad e independencia ideológicas en la historia del periodismo. Señalar su nombre es casi una reiteración enojosa.

Esta tradición centenaria, heredada desde las luchas de don Fidel Cano y Uribe Uribe, mantiene, después de innumerables persecuciones y atropellos, la vocación de equilibrio que hacen de este periódico y esta familia una esperanza constante ante las inmoderaciones del país.

Ajenos a los acuciosos intereses partidistas, hoy como ayer, ellos permanecen inalterables a los propósitos morales e intelectuales que tantos confinamientos causaron a su fundador.

Vínculos afectivos que nos honran, hicieron que en su momento la Biblioteca Pública Piloto de Medellín recogiera en el IV volumen de su colección Homenaje al Periodismo Colombiano buena parte de la historia de El Espectador y del país, a través de los escritos de don Gabriel Cano. (Apuntes de un Espectador. Medellín, 1979).

Ahora, la voluntad expresa de don Guillermo Cano quiso que, nuevamente, no fuéramos ajenos a la celebración de los cien años del "diario de los Cano", con la coedición de este volumen. De cualquier otra forma, de no habernos sumado a este reconocimiento, también lo hubiésemos festejado.

"LOS DECANOS" auna la admiración del pueblo costeño, por intermedio de su Universidad de Cartagena, con el recuerdo imborrable de sus gestores quienes, para nosotros como antioqueños, tutelan nuestra vida de provincia.

Un destino impensable ensombreció las páginas del libro mientras se hallaba aún en impresión. El sometimiento que pretenden los cobardes y poderosos con El Espectador llega hasta la muerte. En la Regeneración comenzó con las mazmorras. Fue don Guillermo Cano la última víctima —inerte— de una persecución que no parece tener fin. ¿Quién habría de creerlo? Su sangre es la inspiración para los que le sobreviven con la verdad y los anhelos de justicia de un siglo.

Ante los dolores del país, don Guillermo se "sentaba, triste, compungido, angustiado, frente a su sencilla máquina a dar rienda suelta a sus sentimientos de patriota", nos escribe ahora Ana María de Cano. Sus hijos, "prolongación de su sangre, que es prolongación de su espíritu", asumen desde este 18 de diciembre de 1986 idéntico comportamiento que no puede desdecir de la conducta y disciplina de sus ancestros, como un reto contestatario a la impunidad.

"LOS DECANOS" presagia los actos nobles "que se repiten, sin alarde, por parte del abuelo, de los hijos, de los nietos".

GLORIA INES PALOMINO L.
Directora
Biblioteca Pública Piloto de Medellín

“El Espectador” una Institución Nacional

1

La Universidad de Cartagena rinde, por medio de esta publicación, coordinada por la Periodista Sara Bozzi, un justo homenaje a EL ESPECTADOR, cuya obra intelectual y moral llega a la cumbre de los 100 años de vida.

Dentro de sus programas de extensión cultural y humanística el claustro de San Agustín reitera así una antigua tradición suya de exaltar los valores espirituales que han contribuido a formar la nacionalidad colombiana.

Es “El Espectador”, ciertamente, una de las grandes instituciones nacionales. Desde los tiempos azarosos de su fundación, en el siglo pasado, bajo la inspiración de ese patriarca de la República y de la democracia que se llamó Don Fidel Cano, hasta los tiempos que corren, en los cuales no desmaya su espíritu crítico y combativo, “El Espectador” mantiene una vigorosa fisonomía periodística que lo hace inconfundible en el concierto de los diarios colombianos. Es la persistencia en una línea de conducta ideológica o doctrinaria o moral que ha influido decisivamente en los grandes episodios de la convulsa historia de Colombia.

2

El periódico, según pensamiento insustituible de su fundador, trabaja “en bien de la patria con criterio liberal y en bien de los principios liberales con criterio patriótico”. Este es un modo de obrar que se ha impuesto en todo tiempo como el obje-

tivo fundamental del Diario. Cuando era una modesta hoja de provincia, en manos del patriarca fundador, se enfrentó con sus verdades inermes a las persecuciones de una época intolerante, en la que no tenían vigencia ni siquiera las más elementales garantías constitucionales y en la que la libertad de prensa era tajantemente desconocida por los gobiernos de la llamada Regeneración. Luego en el presente siglo contribuyó bajo el pensamiento rector de Don Luis Cano, primero a la defensa del régimen civil y republicano y luego a la creación del ambiente ideológico propicio para la gran transformación política, económica y social que se produjo en el país a partir de 1930.

Bajo el régimen de la llamada República Liberal, el Diario desempeñó un papel fundamental y decisivo al lado de otros ilustres exponentes del periodismo colombiano. Cuando llegó la hora de tinieblas de 1948, con el asesinato del caudillo Jorge Eliécer Gaitán y la explosión colectiva del 9 de abril, "El Espectador" cumplió eminente tarea de orientación para procurar la salvaguardia de las instituciones republicanas y democráticas.

Conducta que ha sido invariablemente suya frente a los grandes conflictos políticos y sociales que ha enfrentado el país. Así ocurrió cuando Colombia vivió la larga etapa del desorden institucional que culminó en la dictadura militar del General Rojas Pinilla.

Así ocurrió también en la fecunda época de la creación del Frente Nacional para reconstruir las estructuras de la convivencia social, bajo la lúcida dirección de los expresidentes liberales Alberto Lleras y Carlos Lleras, y de los expresidentes conservadores Laureano Gómez y Mariano Ospina Pérez, quienes en una u otra forma fueron protagonistas en la concepción y ejecución del inusitado experimento bipartidista. En esos episodios históricos cenitales, como en todos los que son ya historia reciente, "El Espectador" ha sabido cumplir con su insoslayable misión espiritual: ha sido el combatiente sin pausa ni fatiga por las libertades públicas, por los derechos ciudadanos, por la honestidad administrativa, por el patrimonio moral de la República.

3

Don Fidel, Don Luis, Don Gabriel, son los nombres tutelares de esta vasta empresa intelectual, que tan honda huella ha dejado en los destinos de la República.

Don Fidel Cano, en el tormentoso siglo XIX, es el conductor romántico, el radical de estampa procer y cuya figura evoca las barbas y las ideas de Víctor Hugo. Don

Luis Cano, en el presente siglo, mantuvo según testimonio de sus contemporáneos, la más profunda influencia sobre la marcha de los acontecimientos políticos y públicos en razón de su singular don de consejo. Pero fue, además, uno de los más lúcidos y versátiles editorialistas de que pueda ufanarse la prensa colombiana. Don Gabriel Cano, erigido en timonel de la nave a la muerte de Don Luis y venido de la experiencia administrativa y financiera, se convirtió en poco tiempo en un sagaz, denso y analítico editorialista al enjuiciar la coyuntura política en que le tocó actuar cuando ejerció la dirección del Diario.

Al lado de estas sombras tutelares, en "El Espectador" han convivido los más representativos y notables periodistas y escritores de la Nación. Alberto Lleras, Eduardo Zalamea Borda, Gabriel García Márquez, Lucas Caballero Calderón, Eduardo Caballero Calderón, José Salgar y Fabio Lozano Simonelli, para citar sólo algunos nombres, de diversas generaciones y apenas por vía de ejemplo, representan etapas magníficas en el largo proceso que ha vivido el diario al servicio de sus ideas y de los mejores intereses de la República.

En los últimos años, de signos no menos difíciles y tormentosos, "El Espectador" conserva y aquilata su perfil ideológico y ético en las manos de Don Guillermo Cano. No ha rehuído un solo momento este eminente periodista los compromisos y retos que le depara el ejercicio de una profesión que lleva en la sangre, al igual que sus ilustres antecesores. Los nuevos recursos humanos, incluidas las mujeres de la familia que ejercen con agilidad y donosura el periodismo, agregan iniciativas y progresos a un Diario que se renueva al impulso de las exigencias tecnológicas e informativas.

4

"El Espectador", como "El Tiempo", resurgió de sus propias cenizas el fatídico 6 de septiembre. Las llamas no pudieron nada contra el espíritu del Diario, contra lo que él significó y significa en la historia de Colombia. Ni las llamas, ni las presiones económicas o políticas, ni las amenazas de cualquier género pueden abatir la recia estructura ideológica y moral de esta auténtica institución nacional. Es posible y probable que "El Espectador" se equivoque, y seguramente se ha equivocado muchas veces, en el análisis de las circunstancias nacionales. Pero esas equivocaciones están presididas por el signo de la buena fe, por la lealtad a sus ideas, por la fidelidad a las doctrinas liberales y democráticas, por su innata inconformidad hacia cualquier injusticia, por el exigente sentido de sus deberes para con la nación. En este sentido, "El Espectador" puede llegar a la impertinencia, para decir lo que nadie se atreve a decir por conveniencia o cálculo, pero que es necesario sacar

a la luz pública responsablemente, como expresión de un ejercicio periodístico que a lo largo de cien años se ha ganado limpiamente la credibilidad de los colombianos.

5

El periódico de los Cano es eso, y mucho más. Imposible resumir en unas breves líneas lo que él representa para el país y para su cultura. Para el desarrollo del proceso político, civil y republicano. Para la interpretación adecuada de sus actuales y futuras necesidades. Para su captación de las aspiraciones de cambio de la nueva sociedad, en medio de las convulsiones y crisis sociales de la época. El periódico moderno, dueño de las innovaciones tecnológicas e informativas, con su interpretación subjetiva pero honesta de la realidad ambiente, en el plano nacional y universal, es uno de los soportes de la vida espiritual de todos los colombianos.

6

El rector Luis H. Arraut Esquivel puede sentirse satisfecho con el logro de este homenaje, que resalta la presencia del claustro ilustre en el reconocimiento de los más genuinos valores de la cultura. Aquí podrán los lectores ejercer un poco la aventura de la búsqueda del tiempo perdido, en las páginas de un diario como "El Espectador" que refleja en modo tan auténtico el ser nacional. Pero ese tiempo no es del todo perdido en cuanto hay aquí una legítima y ejemplar interpretación de la vida colombiana, hecha por algunas de las mejores plumas de nuestra literatura. Y esa interpretación se prolonga vigorosamente para los colombianos en lo que "El Espectador" es a los 100 años, ahora y hacia el futuro de la patria.

FABIO MORON DIAZ

NADA MAS NI NADA MENOS

"No soy más que un periodista y El Espectador no es más que El Espectador", me dijo Guillermo Cano el día que por fin accedió a conceder un reportaje. Es que esta vez, había un argumento muy fuerte por delante: su periódico cumple el 22 de marzo de 1987, 100 años.

Siendo el único periódico colombiano que ha visto transcurrir el siglo en que vivimos, siendo un puente que ha visto correr tanta agua bajo su sombra, ¿cómo no hacer un alto en el camino?

Desde hace mucho tiempo quería hablar con el director de este periódico histórico en Colombia, para conocer todas aquellas cosas que el diario nunca contó por alguna razón. Quise saber también de sus dudas y sus temores. Y, aunque sólo fuera por algunas horas, quería meterme en el pellejo de la persona que tiene el poder de ejercer día a día el maravilloso derecho de la palabra.

Debe ser fascinante poder llegarle cada mañana a un millón de lectores. Pero, al mismo tiempo, también es peligroso, arriesgado, comprometedor. Dirigir un periódico es saber decir y saber callar. Es un privilegio que tiene también múltiples limitaciones. ¿Cuáles? Para saberlo, abandoné varias veces mi aula en la Universidad de Cartagena, para trasladarme a Bogotá y situarme en el tiempo y en el espacio en donde cada mañana se amasa el periódico que nos llega todos los días a la hora del desayuno. Y entre mi equipaje de interrogantes había uno que se destacaba sobre todos los demás: ¿cómo afecta el diario trabajar con las palabras y con la actualidad, la vida cotidiana del di-

rector del periódico más antiguo de Colombia? ¿Cómo puede mantenerse el equilibrio emocional, cuando el trabajo se nutre de las guerras, los fraudes, los terremotos, las grandes tragedias?

Conocí todo esto y mucho más. Supe, por ejemplo, que la principal cualidad que se requiere para dirigir un periódico, es esa que está tan escasa en la vida moderna: SABER ESCUCHAR. Y el otro secreto, ya develado alguna vez por Osuna, sería ese, el de "aprender a cabalgar sin pisar las flores".



Resolvimos hablar el lunes 7 de octubre de 1985 de 5 a 7 p.m. Reiniciamos el diálogo a las mismas horas del día siguiente, y para reafirmar su actitud libertaria me anticipó que no revisaría los originales de nuestras conversaciones. Por eso no hay aquí la menor censura, al menos de su parte.

El lunes, día de nuestro primer diálogo, llegué temprano a la cita. En la sala de espera de su oficina, me acompañaron por suerte algunos de los personajes más famosos de este siglo. Allí estaban ante mis ojos, Alfonso López, Carlos Lleras, Julio César Turbay; también, Pablo Picasso, Mao Tse Tung, Golda Meir, Winston Churchill, Isabel de Inglaterra y la otrora reportera, Jackie Kennedy. Todos ellos habían resistido ya el examen implacable de la pluma de Osuna y, desde la pared, me traspasaron sus preguntas y comentarios, haciendo así más interesante mi espera. Hablar con Guillermo Cano era, en cierta forma, hablar también con cada uno de ellos. Por eso entré a su oficina entusiasmada, conven-

cida de que obtendría un material valiosísimo para todas las personas que quieran ir más allá de la lectura cotidiana de un periódico en Colombia, en la década del 80, bordeando los límites del año 2.000.

• • •

Al decir de Adelaida, su nieta mayor, Guillermo Cano ya tiene "muchas canas, usa anteojos, pantalones con cargaderas, y siempre me regala frunas"... Es silencioso, tímido. No es en ningún momento una persona que hace alarde del poder decir. Más bien asombra por su poder de saber callar. Es de corta estatura, su espalda refleja ya un cierto cansancio, mas no su escritura, la cual realiza mientras fuma, todos los días, a las mismas horas.

Vi que al principio, cuando me vio entrar con un mar de preguntas bajo el brazo, sintió deseos de arrepentirse. Pero una vez comenzamos a hablar de lo que le gusta y de lo que sabe, empezó a ser cada vez más espontáneo, a olvidar que, en efecto, se trataba de un reportaje.

Al reconstruir rápidamente las conversaciones en mi imaginación recuerdo que sólo se negó a hablarme sobre la Constitución de Núñez... * Soltó una estridente carcajada que hizo temblar mi grabadora, cuando me contó que

* Don Fidel Cano, en su editorial del 22 de marzo de 1887 se refiere extensamente a los límites que impone la Constitución de Núñez a la prensa. En los últimos renglones de su primer editorial, Don Fidel escribió con ironía, "en Colombia hay ahora BOCA CHICA para BOCA GRANDE; es decir, que quien se atreva a hablar claro, irá a podrirse en los húmedos y estrechos calabozos de Cartagena".

** Dicen algunos colaboradores antiguos del periódico, que uno de los primeros trabajos de Guillermo Cano, fue una crónica taurina sobre Conchita Cintrón, lo que le valió el apodo de "Conchito" con el cual lo molestaron sus amigos durante mucho tiempo. El torero fue también una de sus prácticas favoritas en su juventud, y el único tema que aún lo enlaza con Hernando Santos, actual director del diario El Tiempo, con el cual mantiene una conflictiva amistad.

Gabo y Zalamea solían brindar siempre por "El Espectador, el mejor periódico del mundo"!... Quedó definitivamente mudo cuando le pedí una definición de Dios... Nada le disgustó tanto como oírme decir que su hijo Juan Guillermo era —según muchos periodistas— el "godo" de la familia... Sólo se paró del sillón para decirme que ante el Grupo Grancolombiano el periódico tuvo que asumir una posición vertical... Y lo único que se nos quedó para más luego fue su fervoroso entusiasmo por la figura del torero peruana, Conchita Cintrón... ** A lo largo del diálogo me impresionó en todo momento su paciencia, su actitud respetuosa ante todas las personas, las situaciones y las cosas, y, sobre todo, su capacidad para responder a mis preguntas, hasta las más inocentes o redundantes.

EL ORIGEN DE LA LIBRETA... Y LA PALABRA

Para empezar por el principio, le pregunté, —Dígame, Don Guillermo, ¿de dónde salió el nombre, LIBRETA DE APUNTES?

● Ese nombre me lo sugirió mi papá cuando dejó de escribir y me pidió que lo reemplazara con una columna los domingos. El me aconsejó que durante la semana fuera haciendo apun-

tes en papelitos de las cosas que se me iban ocurriendo para luego armar la columna.



Apunte del libretista

Su respuesta, casi fotográfica, me remitió de inmediato a la más vieja de las técnicas periodísticas. Porque el método de recurrir a papelitos, cajas de fósforos, servilletas, o libretas usadas para fijar rápidamente las imágenes y los apuntes cuando afloran en la mente, sigue hoy tan vigente como ayer, a pesar del procesador de palabras. Es como el caso de la gente que sigue contando con los dedos a pesar de las calculadoras. Es, en fin, la amalgama de tiempos y períodos de la historia que se fusionan a la hora de sentarse a escribir y a la cual recurrimos todos cuando debemos hilvanar una buena pieza periodística.

Su escritorio, que tenemos ahora frente a nosotros, se parece al de todos los periodistas del mundo, lleno de papeles, libretas, arrume de cartas, libros fresquitos recién salidos del horno, do-

cumentos e invitaciones. Allí, entre algunas fotos familiares dispersas, se alcanzan a ver bajo el vidrio unas normas gramaticales, anglicismos, galicismos y barbarismos. Y encima de todo aquello, como tratando de imponer orden sobre todas las cosas, se destaca una inmensa tijera italiana que hace las veces de pisa-papel. Al mirarla detenidamente, pienso quizá, que a lo mejor está allí para recordarnos que el espacio es siempre una de las mayores limitaciones en todo periódico que se proponga dar vía libre a las ideas.

— Mire, ¿y a usted quién le enseñó a escribir?

● ¿A mí? Nadie! (risas). Claro que tuve en Don Luis Cano y mi papá un modelo de lo que debe ser un buen periodista. Creo verdaderamente que en las últimas décadas no ha habido personas como ellos. Recuerdo, eso sí, que mi papá tenía la costumbre de ponerme tarefas que después revisaba detenidamente.

Al contrario de muchos de nosotros que a los 18 años nos encontramos con la imagen mil veces repetida de vernos a nosotros mismos parados con una maleta frente a 10 caminos distintos, Guillermo Cano afirmó que él en cambio, no podía ser nada distinto de periodista.

Desde que salió del Gimnasio Moderno en Bogotá se metió por completo en el periódico, en armada, en redacción, en corrección. Aprendió así a llevar galeradas a las páginas, a diagramar, a leer al revés, a sacar pruebas, a untarse de tinta y de noticias, a diseñar páginas enteras que después vería desbaratar por algún celoso veterano, a no confrontar títulos y mucho me-

nos fotografías. "Desde que entré al periódico me enamoré del trabajo que hacía. En los talleres me pasaba muchas horas haciendo mis labores hasta que me pasaron a redacción en donde hice notas sociales, deportivas, taurinas, hasta que pasé a cosas cada vez más complicadas".

En todo caso, esos fueron los orígenes de su oficio, mas no los de la palabra escrita. "Los primeros periodistas —dice con sana ironía— fueron San Marcos, San Lucas, San Mateo y San Pablo, los apóstoles que narraron el primer gran hecho de actualidad, la crucifixión de Cristo. Tú ves así que, desde el principio, la noticia fue dolorosa, triste, conmovedora".

CONVIVIENDO CON LA ACTUALIDAD

— Siendo las noticias negativas la materia prima de su trabajo, ¿cómo hace para convivir consigo mismo y con los demás?

● Uno debe acostumbrarse a convivir con los problemas del mundo. Un director tiene que prepararse para aprender a vivir con las cosas desagradables; por ejemplo, cuando ocurrieron los hechos trágicos del 13 de junio, durante la dictadura de Rojas Pinilla, en los cuales murieron tantos estudiantes, le pedí a mis colaboradores que tuvieran "cabeza fría". Teníamos versiones encontradas y la censura encima. Entonces debimos bajar la temperatura hasta el momento de decidir qué se publicaba.

Por más tensión que uno sienta debe serenarse para poder transmitir esa serenidad a los demás. Pero, es induda-

ble que siempre hay que dejar un testimonio veraz de los acontecimientos, por crueles que ellos sean. Uno tiene que informar sobre la guerra, aunque destruye civilizaciones; hay que informar sobre el hambre... (silencio). No hay nada más conmovedor que el hambre sobre la tierra.

— Mire, ¿y entre todas las cosas que debe soportar, no es muy difícil tener que colgar en la pared, en un marco tan elegante, a tantos santos que no son de su devoción? —Le digo refiriéndome a los cuadros de López y Turbay que se encuentran adornando su antecámara, y con los cuales debe toparse cada mañana al entrar a su oficina.

● No... no... no... ¡Eso también es parte del oficio! (risas).

AQUELLAS HISTORIAS, DETRAS DE CADA HISTORIA

Pocos saben que los artículos —como la gente— tienen su vida privada, además del necesario interés público que despiertan.

Hay muchas piezas y trabajos en la vida del periodista que guardan un especial significado para ella o para él, por las condiciones en que fueron escritos: en un momento de tensión, de alegría, de dolor o de paz. Por eso se dice, que todo escritor tiene sus hijos preferidos, y vienen siendo precisamente aquellos artículos que sintetizan un gran momento.

— De todas las cosas que usted ha escrito, ¿cuál es la que más le gusta?

● Creo que soy el único colombiano que no ha escrito versos —me dijo— pero alguna vez escribí una tarjeta navideña que me llenó de emoción.



Mi esposa, Ana María, tiene una gran habilidad con las manos; y un día, mientras ella hacía el pesebre con muñecas de trapo, musgos, pajas, todos materiales colombianos, yo escribí:

*Esta niña catalana que llegó a Colombia recién nacida, rescatada del odio, y por eso sin odio, sin huir huyendo, escapando de la crueldad y de la fuerza bestial de la injusticia, se quedó aquí con sus irrepetibles ojos de color mediterráneo, y hoy, años después, resulta conociendo, queriendo, defendiendo y expresando a Colombia mejor de como pueden hacerlo los colombianos de nacimiento**

Ana María Busquets de Cano, llegó a Colombia de cuatro años. Fue ella uno de los tantos emigrantes de España durante la Guerra Civil. Por eso, uno de los primeros recuerdos de su niñez es el de los tiros, los bombardeos, las ametralladoras. "Me acuerdo que mi papá, para tranquilizarme, me decía, 'alguien está clavando caramelos en las paredes'". En el pequeño pueblo de Caldetas, Ana María vivió el ambiente de guerra y su más viva imagen es la de los ríos de gentes que pasaban por allí huyendo hacia países desconocidos. Su mamá, Ana Nel-lo, una maestra del arte del tejido, nunca intelectualizó sobre la guerra. Tan sólo transmitió a los demás su sentimiento de angustia

* Ver Tarjeta de Navidad No. 1, 20 de diciembre de 1981, pág. 164.

ante el poder desintegrador que tuvo la confrontación en miles de hogares españoles.

Ana María Busquets, no sólo es la mamá de los hijos de Guillermo Cano. También es periodista y su oficio lo aprendió, como muchas personas, escribiendo cartas. "La mayor cualidad que yo encuentro en Ana María es que cuando estoy ausente, cuando estoy callado, ella no me insiste demasiado. A veces, con el cúmulo de noticias negativas que recibo, entro en un estado de desaliento, me encierro en un profundo silencio. No me provoca comentar las cosas del día con nadie en la casa —aunque dicen que a veces es mejor hablar—. Por eso, lo mejor que tiene Ana María es que sabe entender mi silencio. Aunque, a veces sí se pone brava porque no le cuento todas las noticias que tengo en mi poder. En el periódico, es diferente. Me gusta comentar los sucesos del día con todos en la sala de redacción.

— ¿Y no es muy difícil manejar sus relaciones laborales con ella? Porque en el periódico usted es el Director y ella, una redactora... ¿No se le han llegado a presentar conflictos ideológicos con ella?

● (Risas). No, yo como Director soy muy respetuoso de mis periodistas. Creo en ellos y por eso, mientras no injurien a nadie, yo no me atrevo a cambiarles una coma, una palabra. ¡Claro! Hay veces que pienso que no tiene razón pero tiene todo el derecho a expresarse.

LA FAMILIA CANO Y LA NOCHEBUENA

"Hay otro trabajo también —continuó

diciendo Don Guillermo—, que a mí me gusta mucho. Lo escribí siendo muy joven, pero lo reprodujo más tarde el Magazín Dominical. Me refiero a la nota que hice sobre mi abuelo, a pesar de que nunca lo conocí..."

"Yo no conocí a Don Fidel. No tuve un conocimiento físico de él. Pero recuerdo que desde muy pequeño comencé a conocerlo espiritualmente. Fue en una Nochebuena, en "Fidelena", mi primer contacto con mi abuelo. Apenas empezaba a tener el uso de la razón. Alrededor de un viejo árbol florecido, en esta Nochebuena, escuché leer a una de mis tías unos versos. Eran unos versos que hablaban del pan de cada día, y de la pobreza de unos niños y del amor de un hombre por sus semejantes. Palabras ciertamente difíciles de comprender a tan corta edad, pero palabras que llegaban prontamente al corazón sin necesidad de entenderlas. El fenómeno era muy sencillo: alrededor del árbol florecido, cien caritas de niños —rostros de niños pobres, alegres por la primera vez— escuchaban, como yo, embelesados, las mismas palabras que sus padres habían oído, en el pasado, de labios de mi abuelo".

"Fue entonces cuando supe que mi abuelo había amado a los pobres... Y que los pobres habían aprendido a amarlos, porque él no se acercaba a ellos con la falsa caridad de los orgullosos, sino con la sincera amistad de quien entendía, comprendía y padecía sus mismas miserias y sus mismas angustias. Esa nochebuena jugamos juntos en los prados de "Fidelena", y recibieron los niños pobres idénticos regalos a los nues-

tros. Inolvidable enseñanza de igualdad y de fraternidad humanas".

"Así comencé a conocer a mi abuelo... Y fue así como aprendí a llamarlo, con la misma fervorosa y respetuosa admiración de aquellos niños pobres, "Don Fidel". Así he seguido llamándolo siempre".*

Esa fervorosa admiración por el "abuelo que no conocí" todavía se siente en todos los rincones de El Espectador. No es casual por eso, que en la llamada "Sala de Fundadores" del periódico, se conserve como una reliquia, el escritorio de Don Fidel Cano, con su máquina de escribir intacta, y una colección de libros de Víctor Hugo. En el cajoncito íntimo no es casual tampoco que se conserven su pluma, y un pequeño libro marcado con su letra: una vieja y gastada novena al niño Dios...

COMETIENDO TITULARES

Hay que rescatar el valor pedagógico de los errores.

Como todo autodidacta, Guillermo Cano ha "cometido" redacciones que lo han hecho sonrojar de la vergüenza. Recuerda especialmente una ocasión en que preparó una interesante entrevista a un destacado industrial bogotano. Era una de sus primeras experiencias y por eso, seleccionó cuidadosamente el cuestionario. "Me fue hasta bien", dice con orgullo. "A la hora de escribir la nota, resolví colocarle por

título, "Caballero de Industria", sin saber exactamente lo que eso significaba... simplemente me sonó bien, pensé que era un elogio, y se lo puse. Al día siguiente de la publicación de la entrevista en el periódico, el industrial llegó a la oficina de Don Luis a hacer el reclamo. Y yo, todo colorado de la vergüenza, tuve que admitir en su presencia que nunca volvería a usar ese término sino cuando correspondiera hacerlo"**.

"Que yo recuerde, esa ha sido la pena más grande que he pasado y, afortunadamente, no me ha vuelto a suceder. Aquí en el periódico existe un gran compañerismo y por eso, he recibido consejos de todos".

PEGANDO EN EL BLANCO

Pocos trabajos periodísticos han tenido tanta trascendencia en Colombia, como la Libreta de Apuntes publicada el 26 de julio de 1981. Guillermo Cano piensa que, desde el punto de vista político, esa columna representa su principal aporte a la vida del país. En aquella libreta, titulada, UNA SOLUCION POLITICA, el Director de El Espectador planteaba llanamente que los candidatos a la presidencia de la República no se habían pronunciado hasta la fecha en torno al más grave problema de los colombianos: la persistencia de la violencia... En aquella ocasión, el periodista escribió:

"¿No ha llegado el momento de que

* Ver El Abuelo que no conocí, Capítulo III.

** Caballero de Industria: Dícese del hombre que con apariencia de caballero, vive a costa ajena, por medio de la estafa o el engaño.

—sin debilitar de manera alguna el Estado de Derecho que la mayoría de los colombianos hemos escogido y elegido, y paralelamente a la acción preventiva y represiva, si fuese absolutamente necesaria— se busquen nuevas fórmulas ya que ni la preventiva ni la represiva han dado los resultados que la inmensa mayoría de los colombianos desean? Pero sobre todo, cuando dentro de un año habrá un cambio de gobierno en la Presidencia de la República, en las corporaciones públicas, ¿no sería hora de que los aspirantes a ser protagonistas de ese cambio comenzaran a decirle a los colombianos cuáles son sus programas y hasta dónde puede llegar su poder para devolver a Colombia la paz que ha perdido en un interminable combate de más de 30 años? Es posible que si se va haciendo claridad, cuando llegue el momento de las decisiones democráticas el país nacional encuentre más y mejores argumentos para participar decididamente en la gran batalla incruenta por la pacificación de Colombia**.

Después de la publicación de estas palabras, los comunistas, y movimientos nuevos como Firmes, se acercaron a su oficina de El Espectador a pedirle que "moviera eso". Pero Guillermo Cano les respondió, "No es a mí a quien le corresponde moverlo, sino al Congreso, al Presidente, a las Fuerzas Armadas, a quienes aspiran a dirigir este país".

A partir de entonces los aspirantes a la Presidencia de la República comenzaron a hacer del lema de la paz, el eje de sus campañas políticas, siendo también el principal programa de gobierno del presidente Belisario Betancur quien el 7 de agosto de 1982, al tomar posesión de su cargo, prometió al país "cesar el derramamiento de sangre".

— Y, ya que estamos hablando de la paz, miremos las cosas tal como se nos presentan ahora. Parece ser que el llamado "Proceso de Paz" del actual gobierno ha sido un fracaso. ¿Quién falló?

● Creo que ha habido fallas de parte y parte. El Presidente se dejó llevar por la retórica. Delegó tanta responsabilidad en el proceso de la paz, que la paz se le salió de las manos. Estamos prácticamente en estado de guerra**.

Por otra parte, creo que las peticiones de la guerrilla han sido muy gaseosas. Ahora fue que vinieron a presentar un proyecto de Reforma Agraria que no satisface sino en parte las enormes necesidades de los campesinos colombianos. El grave error del M19 es que ha provocado el incremento de la represión porque ellos se basan en la extorsión, en el secuestro.

— En la postdata a la Autobiografía de un Periódico usted escribió: "asistimos a un proceso de evolución ineludible de las ideas hacia socieda-

des más igualitarias y más equitativas", ¿sigue usted conservando esa certeza?

● Lo que yo escribí allí no es una certeza. Expresaba una esperanza y creo que no la perderé. Ineludiblemente tenemos que tender hacia sociedades más igualitarias. Los desequilibrios sociales de este momento son la causa de los traumatismos que estamos viviendo. Es una situación de injusticia que tiene que evolucionar en los próximos años.

— ¿Evolucionar hacia dónde?

● No sé. Yo veo complicada la situación...

CON HAMBRE NO SE PUEDE SONREIR

Pocos de sus trabajos, empero, tienen una historia más diciente que aquella que comenzó en octubre de 1983 cuando llegó a las manos de Guillermo Cano el informe noticioso de Naciones Unidas relacionado con el problema del hambre en el mundo.

Dicen sus familiares, que duró una semana sin comer en la mesa. Que miraba las bandejas de carne molida, plátano maduro, ensalada y arroz, con rabia, y que finalmente escribió uno de los más crudos escritos contra el desequilibrio existente en nuestra sociedad.

"¿Cómo, nos preguntamos, puede reinar la paz en este valle de lágrimas mientras exista el hambre? Es

repulsivo tener que aceptar que mientras una parte del mundo, y en ella la parte económica más favorecida, gasta anual, diariamente, millones y millones y billones y billones de dólares en armarse para atacar o para defenderse, para disuadir o para amenazar, en ese mismo mundo quinientos millones de personas sobrevivan, mal sobrevivan sin alimentos, como si nutrirse fuera un privilegio reservado al rico".

(...) "¿Cómo sentarme a manteles con apetito ante la crueldad de estas cifras y la indiferencia como parecen mirarlas los grandes estadistas cuya responsabilidad es imposible de disminuir en el drama de la malnutrición universal? (...) La sociedad humana de nuestro tiempo está dejando escrito, grabado, filmado para la historia y para los historiadores del futuro el más atroz de los documentos: el de su propia acusación irrecusable".

Dicen sus allegados, que desde entonces, Guillermo Cano es una persona de muy poco apetito y no soporta que se publique a 8 columnas una gran fotografía de un casino con gente jugando ruleta en el Jockey Club. "En los momentos tan graves que estamos viviendo, la clase alta no tiene derecho a hacer semejantes despliegues", puntualizó.

EL LIBERALISMO POSIBLE Y EL LIBERALISMO REAL

— El Espectador —le pregunto—, ha sido desde los tiempos de Don Fidel

* Ver Libreta de Apuntes: una solución política, 26 de julio 1981 y Soluciones Políticas 1981, cap. III, págs. 146 y 149.

** El miércoles 6 de noviembre de 1985, mientras traspasaba estas palabras del casete al papel, pensaba que ellas eran, quizá, una exageración. Minutos después, al escuchar por la radio la voz agitada de Juan Gossain narrando en vivo y en directo los sucesos del Palacio de Justicia en Bogotá, pensé en cambio, que esas mismas palabras se habían quedado cortas.

* Ver "Dar de comer al hambriento", "Libreta de Apuntes", domingo, octubre 16 de 1983.

Cano, un claro defensor de las ideas liberales en Colombia. ¿Cree usted que en nuestro país todavía estamos a tiempo de hacer realidad los principios de libertad, igualdad, fraternidad, que nos legara la Revolución Francesa?

● Pienso que sí. La vigencia del Liberalismo continúa. Es indispensable fortalecerla, sobre todo en los principios de libertad e igualdad que no son una utopía. Se necesita es una acción desde el estado, desde el sector laboral, para poder garantizar esas condiciones esenciales para el mantenimiento del ideal liberal. El liberalismo podrá estar en el poder o podrá sufrir derrotas electorales, pero independientemente de eso, yo creo en sus postulados.

— ¿Cree en el liberalismo de hoy, aquí en Colombia?

● Desafortunadamente el Partido Liberal se ha olvidado de que el mundo evoluciona. Que el partido no tiene por qué ser incompatible con los avances sociales, ni las conquistas laborales, ni con el socialismo dentro de la libertad.

Quiero recordar ahora una frase de Don Luis Cano que me parece muy dicente: "El Partido Liberal —decía— debe estar a la última moda". O sea, que debe evolucionar y estar a la altura de las nuevas conquistas de la sociedad. Tal parece que al partido lo dejaron con el vestido corto de los 4 años, siendo que ya es un adulto...

— ¿Cuáles serían esas instituciones que se han rezagado con relación a la realidad?

● Lo que este país necesita con urgencia es una verdadera Reforma Agraria, tal como la promovió Carlos Lleras Restrepo. Desafortunadamente, ésta fue combatida insensatamente por los sectores más poderosos del país, hasta que la hicieron fracasar. Yo creo que si la Reforma se hubiera hecho en ese entonces, muy distinta sería la situación de hoy. El gobierno de Lleras perseguía unas metas de una sociedad más igualitaria y creo que de los últimos presidentes que hemos tenido, ha sido el más progresista, el que desarrolló un gobierno de mayor sentido social.



El expresidente Carlos Lleras Restrepo felicita a don Guillermo Cano durante el acto de descubrimiento del óleo de don Fidel Cano, Pro-Antioquia en Bogotá.

Ahora estamos otra vez hablando de la Reforma Agraria con timidez y con grandes dificultades por intereses creados que, a mi modo de ver, están ciegos.

— Pero el historiador Alvaro Tirado Mejía en su libro Introducción a la Historia Económica de Colombia, decía que la Reforma Agraria de Lleras Restrepo había sido ambigua, puramente formal. Un simple requisito exigido por el gobierno norteamericano para conceder préstamos a los países de América Latina después de la Reunión de Punta del Este...

● Yo no creo que la de Carlos Lleras haya sido una reforma formal. Al contrario, fue tan drástica que tuvo una gran resistencia en el país. Definitivamente, pienso que los Estados Unidos no intervinieron para nada en nuestra Reforma Agraria... Luego vino el Pacto de Chicoral que representó un retroceso de 180° y significó el entierro de nuestra Reforma Agraria.

— Además de la Reforma Agraria, ¿qué otros cambios urgentes necesita el país?

● Bueno, en el aspecto de la legislación laboral se ha avanzado bastante —aunque las reformas aparezcan como regresivas—. Pienso que a pesar del aparente fracaso del proceso de paz, es necesaria una real apertura democrática para que nuestras instituciones se modernicen. Es indispensable que haya una mayor participación de la gente, tanto eligiendo como siendo elegido. Por eso es saludable que surjan nuevos partidos, además de los que ya existen. Como te decía, creo que los partidos se han olvidado de sus diferencias ideológicas para cen-

trarse en el reparto del poder burocrático.

— Mire, y ya que estamos hablando de política liberal, por qué no me cuenta las razones por las cuales a usted no le gusta López...

● No tengo nada personal contra López. Pienso que es una persona de una inteligencia privilegiada pero dilapidó la oportunidad que tuvo de hacer las reformas que este país necesita. Recuerde que tuvo un apoyo electoral de más de tres millones de votos.

— Y ¿por qué no gusta de Turbay?

● Porque no estuvimos de acuerdo con el Estatuto de Seguridad y se lo dijimos. No estuvimos de acuerdo con ciertas prácticas de su administración y se lo dijimos... le reconozco, eso sí una gran capacidad para oír críticas sin alterarse. Es un gran diplomático.

— Y, del abanico de candidatos que se nos abre ahora, ¿cuál cree que va a ser el próximo presidente de Colombia?

● (Risas)... ¡Bueno, yo creo que cuando este reportaje salga publicado, ya vamos a saber quién fue el elegido!

TODAS LAS FORMAS DE LA CENSURA

El escritorio de todo periodista importante es un agitado mar de papeles. Es tal el flujo de información que manejan, que, para tomar decisiones tales como qué se publica y qué no se publica, se necesita una gran responsabi-

lidad y, sobre todo, un gran sentido del equilibrio.

— Cuando ocurre un hecho importante, cómo hace usted para discernir entre todas las versiones que se le presentan, ¿cuál es la más veraz, cuál es la más confiable?

● Yo tengo una gran confianza en mis redactores. Le creo a aquellos que me han dado garantía de sus palabras. El periodista debe tener su propia versión de los hechos, más allá de los comunicados oficiales. Los comunicados oficiales también los publicamos, pero no creemos que en ellos se recoja toda la verdad. Nosotros confiamos en las gentes serias, así su versión coincida o no con las declaraciones oficiales que, a veces, pueden manipular la realidad de los hechos.

— Escribir es sacrificar —decía en alguna ocasión un gran periodista de nuestros tiempos—. Hay muchas cosas interesantes que nunca salen a la luz por limitaciones de todo tipo: por falta de espacio, por censura económica e ideológica, por autocensura... ¿Cuáles son para usted las limitaciones más grandes que tiene un periodista?

● Los periódicos —me dijo preocupado— enfrentan diariamente el problema de su espacio vital. Estamos delimitados, en principio, por la oficina de publicidad en donde diariamente nos marcan "el bote", es decir, el espacio destinado a la información. A partir de allí cada jefe de sección debe escoger las noticias y debe decidir cómo reparte equitativamente ese espacio. Todos los corresponsales se quejan de que en Bogotá se incurre en errores centralistas. Y seguramente tienen razón, porque a veces es muy di-

fícil apreciar a distancia la importancia de un material para una región en la cual uno no vive.

Lo más lamentable de la censura implacable del espacio es no poder incluir suficientes buenas crónicas en el periódico. Para nosotros, la crónica es el género que mayores posibilidades ofrece para desarrollar una información con un enfoque humano y muchas veces las crónicas no han podido salir a la luz porque las noticias escuetas se imponen.

La censura oficial me ha tocado vivirla en carne propia durante muchas ocasiones. Cuando el periódico criticaba las obras del Canal del Dique, por ejemplo, fui llamado al despacho del ministro Jorge Leyva (amigo personal de Alvaro Gómez), donde me amenazaron durante más de tres horas para que retirara mis palabras. El periódico era vespertino en esa época. Pero yo nunca retiré una sola sílaba, eso fue lo que me enseñaron mi padre y Don Luis Cano. Perdí la cuenta de las veces en que el ministro Leyva dio órdenes de bajar el periódico del avión para revisarlo.

Después de la dictadura de Rojas, no hemos vuelto a vivir una censura oficial directa, pero sí indirecta. El Congreso, por ejemplo, ha votado a favor de costosísimos impuestos al papel; entidades oficiales, han retirado su propaganda de los medios de comunicación cuando éstos hacen la menor crítica a sus procedimientos. Eso es muy preocupante.

La censura económica, la hemos vivido también en este periódico, especialmente cuando realizamos las investigaciones por las irregularidades co-

metidas con los fondos de inversión del Grupo Grancolombiano.

— Cuando el Grupo Grancolombiano retiró su publicidad de las páginas de El Espectador, ¿recibieron ustedes alguna forma de solidaridad de otros periódicos importantes de Bogotá?

● Ninguna. No sólo no nos apoyaron sino que, en el caso de El Tiempo por ejemplo, fueron malintencionados. Cada vez que publicábamos algo, ellos se dedicaban a contrainformar para hacernos aparecer como mentirosos. En cambio, obtuvimos una respuesta importante de la gente del común en Colombia. Sentimos su respaldo económico y moral. Siempre, a través de toda la historia del periódico, hemos recibido el apoyo de sectores importantes de la sociedad colombiana, como ocurrió durante los gobiernos de Ospina, Urdaneta y Rojas que multaban al periódico y con frecuencia, a la dirección llegaban cheques superiores a la multa. Por muy grande que sea el poder al cual uno se enfrenta, siempre encuentra amigos en el camino.

— ¿Y la autocensura? ¿No existe para usted esa limitación?

● Claro que sí. Después que escribo algo, vuelvo a leerlo con cuidado. No para no decir las cosas, sino para decirlas bien dichas. Es que uno no debe apasionarse demasiado, debe procurar siempre la veracidad, y, sobre todo, debe ser muy responsable. Uno debe sopesar todas las consecuencias que se pueden derivar de sus palabras.

— ¿Alguna vez ha sentido que sus palabras han sido utilizadas para algo muy distinto de sus intenciones iniciales?

● A veces uno es mal interpretado. Pero que yo recuerde, nunca ha ocurrido nada grave por un mal uso de mis palabras. Lo más desagradable que me ha ocurrido es lo que se publicó sobre Medellín en la página universitaria, y que a mí me dolió mucho, porque pienso que fue un texto escrito de una manera muy audaz, y eso, no traía ningún beneficio para el país.

LAS PERSONAS, LOS HECHOS, LOS LUGARES Y LAS COSAS

— Un periódico es el cruzacaminos de muchas carrileras. La economía y las artes, la política, la historia y la administración. Es el punto estratégico donde se encuentran la belleza y la miseria humanas; la sabiduría y la ignorancia; el arrojo y el miedo; la violencia y la paz; la duda y la fe... Es también el lugar donde confluyen muchas personas, célebres, algunas; menos célebres, otras; casi anónimas algunas, o completamente anónimas las otras... ¿A cuáles de ellas recuerda de manera especial?

● Bueno... Aquí en el periódico conocí a dos personas que considero fuera de serie. Eduardo Zalamea Borda y Gabo*. Con ellos éramos uña y carne aquí en la sala de redacción. Recuerdo que, entre todos, tomábamos decisiones, analizábamos los sucesos del día, y compartíamos los problemas de ac-

*Ver reportaje con Gabriel García Márquez en esta misma edición, pág. 207.



"El escritor que más me gusta es Gabo. Con él éramos uña y carne aquí en la sala de redacción".

tualidad. Creo que durante la época en que ellos estuvieron en el periódico, El Espectador tuvo uno de sus mejores momentos, periodísticamente hablando. Después, cuando se fueron, Zalamea desde la Unesco, y Gabo desde Europa, me llamaban por teléfono para decir, "¡yo me ratifico en que El Espectador es el mejor periódico del mundo!"

— ¿Y cuál ha sido el suceso más impactante que le ha tocado presenciar como periodista?

● Indudablemente los hechos ocurridos el 9 de Abril, fueron los más dramáticos que he presenciado en mi vida, pero en aquel entonces no había periódico. Recuerdo que en aquella época, estábamos aún en el Edificio de la Avenida Jiménez, y todos salíamos a las calles a recoger información, apuntando todo lo que nos impresionaba*.

— ¿Cuál fue para usted el significado histórico de aquellos sucesos?

● Pienso que fueron el resultado de la indignación popular. Fue una explosión ante una situación de injusticia y violencia.

— ¿Conoció usted personalmente a Gaitán?

● Claro. El siempre fue muy deferente conmigo. Yo era muy "pelao" cuando él fundó el UNIR pero recuerdo que era muy simpático, una persona de mucho carisma. El me invitaba

con frecuencia a su mesa en las cafeterías aquí en Bogotá y me explicaba sus ideas. Sin ser gaitanista puro, reconozco que fue todo un dirigente. Tenía una viveza intelectual única.

Así como el periodismo nos ofrece la posibilidad de mirar en primera fila los acontecimientos del país y el mundo, también nos pone en contacto con toda la miseria humana. En un periódico, se conocen grandes personas pero se conocen también seres que ilusionan y luego defraudan... ¿Cuáles serían las personas que más lo han defraudado a su paso por este diario?

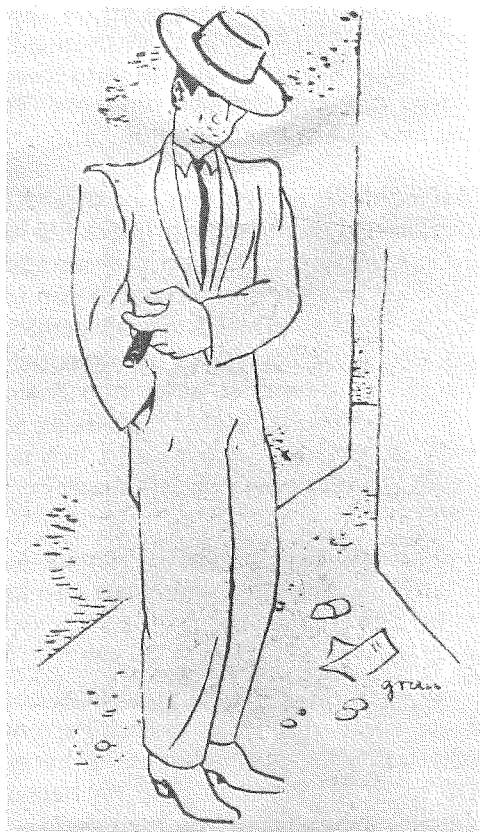
● Bueno... Yo prefiero hablar de los amigos. Soy muy reservado con las cosas desagradables.

— A menudo, somos autocríticos con las cosas que hacemos mal. Pero no con las cosas que dejamos de hacer. De todas las cosas que no ha hecho, ¿cuáles le han hecho arrepentirse?

● Siempre me he arrepentido de lo que me ocurrió siendo director del *Magazín Dominical*. Grau**, que por aquel entonces era dibujante aquí en el periódico, hacía unas ilustraciones de una belleza impresionante. Yo las mandaba al archivo del periódico de donde misteriosamente desaparecían... ¡hoy lo que lamento, es no habérmelas robado yo! (carcajadas). En cambio con Osuna, sí he podido robarme algunos de sus mejores trabajos y llevármelos a la casa, pero eso sí, me los robé con su permiso...

* Ver Cronología al final de esta edición, pág. 223.

** Ver Reportaje con Enrique Grau, al final de esta edición, pág. 214.



CIUDADES
Gracias y Fortunas Madrileñas
Por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES

— Hablemos ahora de los lugares... Hay algunos sitios en el mundo que nos atrapan, que tienen el poder de proporcionarnos paz, sosiego espiritual. ¿Cuáles serían en su vida esos lugares que usted más ama?

● ¡Hay tantos! Está España, el Nilo... Cartagena. Yo adoro a Cartagena porque es una ciudad de increíble belleza. Desde hace tiempos la consideraba Patrimonio Universal de la Humanidad y por fin se lo reconocieron oficialmente ahora. Además, Cartagena tiene hoy el atractivo de ser el centro de atención de muchos eventos importantes y de muchos genios como

Gabo, Obregón, historiadores, personalidades en todos los campos, que han sido atraídas por su encanto.

Para mí Cartagena, guarda también muchas anécdotas de mi vida profesional como periodista. Recuerdo ahora que me correspondió cubrir el reinado de belleza en calidad de enviado especial cuando el Dr. Ospina Pérez cerró el Congreso de la República. Entonces allá me llegó un telegrama en donde me pedían, "mande todo lo que pueda", pues en Bogotá no se podía publicar nada de lo que estaba aconteciendo... En aquella ocasión, la reina fue Myriam Zojo Zambrano del Atlántico, quien nos cogió a todos fuera de base porque llegó tarde al reinado y nadie la tenía como opción.

La Cartagena de hoy le debe mucho al gobierno de Carlos Lleras. Creo realmente que la historia de la ciudad moderna puede dividirse en dos: antes y después de Lleras. Eso ya muchos lo están reconociendo... Y, como toda ciudad que crece, tiene también grandes problemas, como el desorden en su planificación. Pienso que la urbe debe mirar más a los barrios marginados que coexisten junto al desarrollo turístico.

...A LA HORA DEL CIERRE

Ahora son las 7 de la noche del martes 8 de octubre de 1985 en el periódico. El teléfono no deja de sonar... los ruidos de los carros de la Avenida 68, llamada ahora Avenida El Espectador, comienzan a subir de tono, y algunos de sus colaboradores más cercanos —como el cazagazapos, Argos— entran

y salen abruptamente de su oficina... Son síntomas incuestionables de que, a pesar de que la actualidad es una historia sin fin, se acerca la hora de cierre del periódico, y también de esta entrevista.

Por eso, casi instintivamente, regresamos al punto de partida de nuestro diálogo, ahora enriquecido por todos los ingredientes de sus palabras anteriores.

— ¿Cómo encuentra usted la prensa colombiana de hoy?, ¿cuáles son los principales peligros que la acechan?

● La prensa colombiana es una de las mejores de América Latina. Desgraciadamente, al igual que en muchas otras partes del mundo, veo grandes obstáculos para el ejercicio de la profesión. Por ejemplo, la línea difusa que se presenta entre el periodismo y la publicidad. En algunos medios electrónicos se da el caso de que el mismo redactor consigue la publicidad de su sección y eso coarta su independencia. Debo insistir nuevamente en que los periodistas no deben confundirse con los publicistas y que en los periódicos estos departamentos han de funcionar con absoluta independencia.

Otro problema que veo es el de los congresos gremiales que invitan a los periodistas a sus eventos, y corren con todos los gastos de su alojamiento y alimentación, porque eso incide en sus criterios a la hora de escribir su nota. Por eso nosotros, en la medida de lo posible, enviamos a nuestros redactores a los eventos que nos interesan.

Ahora, sí quiero hacer una aclaración.



EL CUENTO
Un Hombre Casero
Por V.S. PRITCHETT
(Versión de Armando Guzmán)

La solidez económica de un periódico es al mismo tiempo una defensa de su propia integridad. Si nosotros podemos pagar un buen sueldo a los periodistas, los estaremos protegiendo para que puedan resistir a las tentaciones que se le presenten por el camino...

— Ustedes en El Espectador, vivieron un caso concreto de revanchismo, cuando el Grupo Grancolombiano les retiró la publicidad. ¿Qué lección sacaron de esa experiencia?

● Una persona, una empresa, o un grupo, es libre de anunciar o no anunciar en un medio de comunicación. Lo importante aquí es recalcar que ellos resolvieron quitarnos los avisos para tratar de silenciar nuestra investigación y eso no lo lograron porque la hemos seguido adelantando hasta sus últimas consecuencias.

— ¿Pero para usted no fue muy difícil arriesgar su propia estabilidad y la de mil empleados de esta casa por esa actitud tan radical?

● Realmente no fue *mi* decisión solamente. Fue la decisión de todo un equipo. Esas son posiciones ideológicas verticales que no admiten marcha atrás.

— ¿Cuál sería desde su punto de vista, el principal aporte de El Espectador, al periodismo colombiano?

● Creo que su principal aporte ha sido el de su carácter e independencia. Y eso lo hemos logrado en gran parte porque El Espectador, no es nada más que El Espectador. Todo lo que tenemos está reinvertido en el periódico, y no nos hemos dedicado a crear empresas satélites por todas partes.

Al despedirnos en la salida de su oficina me traje conmigo sus últimas palabras que fueron también como una invitación para conocer a todos los tripulantes de este "Barco de Papel"*.

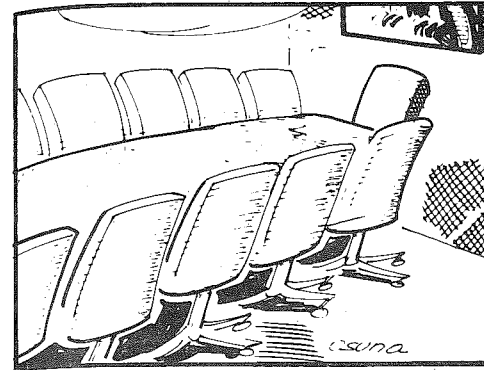
Entre tanto, cuando él cierre la puerta, se encaminará seguramente hacia la

sala de armada, a revisar una por una, cada página que en pocas horas, estará lista para acompañar el desayuno del lector y hacer así más enriquecedoras sus conversaciones en la buseta, el cafetín, o los minutos previos a su trabajo en la oficina. ■



El 2 de septiembre de 1982, se realizó en el Jardín Botánico de Medellín, un acto en honor a la familia Cano. Observa al fondo, José Salgar.

* Ver "Tripulantes de un Barco de Papel" de Lino Gil Jaramillo, libro sobre la historia de El Espectador desde el siglo XIX.



En la Sala de Redacción de El Espectador, no hay puertas por ninguna parte. Las distintas secciones del periódico se hallan unidas por vasos comunicantes. Los redactores saben siempre en qué andan los demás, corren, "se pasan el dato", comparten la angustia del momento, o se saludan entre sí preguntándose mutuamente, "¿cómo la vio?".

Son las 7 de la noche hoy lunes 28 de octubre de 1985 en El Espectador. A lo lejos se oye el tac, tac, de las viejas máquinas de escribir. De cerca, se escucha otro ruido más empastado y plastificado de la dactilógrafa que deja en pantalla cientos de palabras por hora.

Por todas partes hay revistas y afiches, una taza de café boca abajo que guarda colillas de cigarrillos, cartas, revistas, invitaciones... Y en cada escritorio, gigantescos basureros rebosados de papeles, cuartillas inservibles, fotos regulares, miles de versiones que nunca salen a la luz porque sólo sirvieron para calmar conciencias.

Allí, donde estoy parada ahora, funcionan todos los días 32 video terminales, 350 teléfonos, 4 salas de grabación. Allí mismo laboran alrededor de

1.000 empleados que consumen hasta 12 libras diarias de café para construir en un solo día un producto que a las 8 de la mañana no existe, está en blanco, y al transcurrir el tiempo se va dibujando lentamente como una fotografía sumergida en el revelador de un cuarto oscuro.

Fue en ese espacio inmenso de comunicación, donde imaginé una mesa gigantesca que giraba alrededor de las noticias del mundo. Uno a uno fueron llegando los personajes reales de mi Mesa Redonda fantástica. En ella tomaron asiento las señoras que dirigen la Sección del Hogar; los jóvenes responsables del futuro del periódico; el visionario navegante de un barco de papel... También llegó el "Hombre de la Calle", el culpable de un diseño novedoso, y a veces asomaban su cabeza otros personajes menos visibles pero presentes en la conformación diaria de El Espectador.

Mi mesa redonda ensamblada comenzó a girar y abarcó espacios cálidos como el puerto de Cartagena... Cobijó también espacios templados como Medellín, o fríos como los de la Sabana de Bogotá... Pero en todas partes el compás estuvo lo suficientemente abierto, como para permitir el libre flujo de los temas, las ideas, las palabras y las personas.

Sobre la mesa de superficie lisa y llana, quedaron un vaso de whisky, unas agujas de tejer, unas gafas, unos naipes, una caja de tipos... También quedó allí un grabado, una pipa, una brújula, un teléfono y un quinqué, con los cuales nos iremos devolviendo hasta encontrar un cómo, un dónde, un cuándo y un por qué.